

OSCURA MONÓTONA SANGRE (FRAGMENTOS)

Sergio Olguín*

NOTA DEL EDITOR

Andrada es un empresario exitoso, cuyos orígenes humildes le han creado un vínculo extraño y perturbador con la zona sur de Buenos Aires. Todos los días, excepto los jueves que lleva al contador de su fábrica en el coche, toma la avenida Amancio Alcorta, que bordea, en parte de su recorrido, la Villa 21. Algunos piensan, como su hija, que hace el recorrido inverso de su ascenso social. Un día, en el que va de camino al médico, se para a comer en un bodegón de esa avenida y escucha la conversación y las bromas de unos camioneros sobre el mercado prostibulario de la zona. Sin poder explicárselo, decide volver por la tarde y contratar los servicios de Daiana, una prostituta adolescente. Obsesionado con ella, la saca de la villa, alquila un departamento pequeño y hace planes para darle una vida mejor. Esta decisión desencadenará una suerte de guerra, en la que los bandos no resultan muy claros, pero que en principio podrían —yo creo que erróneamente— plantearse en los términos de la dicotomía: centro versus margen, ciudad versus villa, convirtiendo a la Ciudad de Buenos Aires en escenario de diversas formas de la criminalidad urbana.

El autor nos ha autorizado a incluir un fragmento en el que se narra la citada conversación entre los camioneros del bodegón.

DATOS DE LA OBRA

Olguín, S. (2010). *Oscura monótona sangre*. Buenos Aires: Tusquets. ISBN: 978-84-8383-224-0, pp. 27-28.

LA VILLA

¿Cuántos años hacía que Andrada no entraba a un bodegón así? No le gustaba ir a comer solo. En realidad, no disfrutaba demasiado de los restaurantes, así que cuando se veía obligado a concurrir, dejaba que su esposa o su hija, o sus amigos decidieran el lugar. Siempre iban a restaurantes de Palermo o de Puerto Madero. No conocía mucho más, aunque cuando era joven le gustaba almorzar en una fonda que había en Rucci y Valentín Alsina, a unas cuadras de la fábrica, que se especializaba en pastel de papa y matambre casero con rusa. Recién casado, solía ir a cenar con su mujer todos los martes a la pizzería El Globo en avenida

* Narrador y periodista argentino nacido en 1967, ganador del V Premio Tusquets Editores de Novela (2009) por *Oscura monótona sangre*. Correo electrónico: ssolguin@gmail.com
Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 266-268.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Caseros y cuando las cosas comenzaron a andar bien, empezaron a ir a comer seguido el puchero de El Tropezón en Callao al 200.

[...]

La mesa paralela a él estaba ocupada por tres camioneros. Dos de ellos debían de tener su edad y el tercero no llegaba a los 30. Sin mejor cosa que hacer, Andrada escuchaba la conversación como si fuera el cuarto ocupante de la mesa. A lo largo del almuerzo habían hablado de fútbol, de problemas mecánicos de los camiones, de un camionero amigo que había chocado en la ruta 14 a la altura de Gualeguaychú. Uno de ellos comentó algo de un programa de televisión donde bailaban mujeres casi desnudas. Recordó un chiste que decía el conductor del programa y todos rieron a carcajadas. Se burlaron del más joven porque se estaba por casar, lo amenazaron con una despedida de soltero salvaje. Hablaron de putas, de lo buenas que estaban las entrerrianas, de las pendejitas de Comodoro Rivadavia, de un cabaret que había en un pueblito de Santa Cruz, donde había putas de todas las provincias argentinas y hasta chilenas. Uno de los más viejos dijo que las chilenas eran malas putas. Y el otro agregó que las chilenas son buenas cuando son muy pendejas, pero que después de los veinte se vuelven amargadas. Después de los treinta no había que cogérselas. El más joven escuchaba como si estuviera no ante dos viejos putañeros sino frente a dos maestros chinos que le enseñaban los secretos del budismo. Tenía el rostro flojo, con una media sonrisa, fruto de la conversación distendida y de los pingüinos de vino que se renovaban a ritmo seguro. Uno de los maestros de putas dijo que las mejores pendejitas se conseguían en la Patagonia. El otro conocedor negó con un movimiento suave de cabeza mientras se servía otro vaso de vino. El más joven le hizo un gesto a la moza pidiéndole la cuenta. El veterano que no estaba de acuerdo dijo que si uno las quiere muy pero muy pendejas tiene que venir acá.

—¿A la parrilla? —preguntó el más joven que se había distraído por seguir a la moza con la mirada.

El camionero mayor le dijo que no fuera boludo, que ahí la única puta era la veterana que atendía. Que las pendejas muy pero muy pendejitas estaban en Amancio Alcorta e Iriarte. Vienen del barrio Zavaleta, agregó el otro. Son pendejas de la villa. Entonces son paraguayas. Son hijas de paraguayas. ¿El barrio Zavaleta? La Villa 21. Son fumonas, seguro. Le dan al paco. El conocedor hizo un gesto de duda. No todas, son muy pendejas en serio. Bueh, si no le dan al

paco le van a dar dentro de muy poco. Si pueden coger, se pueden dar con lo que sea también. ¿Pendejas de qué edad? Yo me cogí una que tenía catorce. Ah, muy pero muy pendejas. Te lo dije. Hay minitas de quince, de catorce, te digo más, debe haber hasta putas de doce o trece. Eh, son vírgenes casi. Que van a ser vírgenes, a esas se las cogieron el padre, los hermanos, hasta el abuelo. Y salen a la avenida, pero no muy evidente, no están como las otras trolas mostrándote las gomas. Están más bien para el lado de Iriarte. Andan por ahí, como si estuvieran de paseo. Vestidas normal, alguna pollerita corta, pero todo tranquilo. ¿Y qué hacés, le tocás bocina? No, no es necesario. Te parás cerca de donde están y se te acercan. ¿Cuánto te cobró? ¿La de quince? ¿Qué, fuiste con otras? Había ido antes pero siempre eran más grandes. La de quince te tira la goma por veinte mangos. Me estás jodiendo. No se la quise pelear porque estaba muy buena, tenía carita de santa, pero si la apurás por diez mangos le hacés lo que querés. Compran droga. Con eso qué pueden comprar. Paco, boludo, ¿cuánto creés que vale? Están muy mal las pendejas. No, nabo, están muy buenas. No sabés con qué ganas la chupaba la pendeja. ¿Y si te la querés coger bien? Pedía treinta, pero acá, en la avenida no da mucho para cogértela. Yo me la llevo atrás y listo. Vos sí, pero yo atrás tengo el acoplado lleno de bosta. Mirá. Yo una vez me cogí a una mina de setenta. Me estás jodiendo. En serio. Sos un hijo de puta, te cogiste a tu abuela. No era mi abuela, la concha de tu madre, era una mina que levanté por La Pampa. Bueno, dejame terminar, yo que me cogí minas de todas las edades que van de setenta a catorce, te aseguro que como las pendejas no hay quien las chupe mejor, no sé, vienen como entrenadas. Debe ser la alimentación. El hambre que tienen. ¿Cuánto gastamos? Treinta y cinco por cabeza. Comimos como bestias. Ahora me echaría un sueñito. Lástima que no están las pendejitas a esta hora para un pete. Aparecen a la noche, bien tarde cuando las otras putas ya levantaron. Es que de día van a la escuela. Qué van a ir a la escuela. A tirarle la goma al portero. Con pete o sin pete, me voy a dormir una siesta al camión. Yo ya salgo para Patagones. Éste hoy se queda hasta la noche, a esperar que salgan las pendejitas.